

Ida RODRÍGUEZ PRAMPOLINI, *El Arte Contemporáneo. Esplendor y Agonía*, México, Editorial Pormaca, 1964.

“Esplendor y agonía” es el subtítulo que Ida Rodríguez ha dado a este ensayo, y ya con eso indica un programa y una forma de tratamiento del material. El arte contemporáneo puede ser visto de diferentes maneras: únicamente como un proceso, como culminación de ese mismo proceso, como inicio de una nueva época, etc. La autora lo considera como situación crítica, esfuerzo extremo y caída rotunda.

Ida Rodríguez es seguramente, en México, una de las personas que tienen la atención más abierta hacia lo que pasa en el mundo en cuestiones artísticas; esto se refleja en su ensayo: no es una de sus menores cualidades la muy amplia y nueva información de primera mano que presenta.

El problema fundamental en un estudio de este tipo, es, aparte del de información, el de la organización de un material tan vario, tan disímulo, heterogéneo y caótico como el que ofrece la inmensa gama de fenómenos del arte contemporáneo. La autora no sólo ha logrado una acabada estructura, sino que ha podido, a través de ella, impidiendo que el volumen quedara en una larga enumeración de escuelas, nombres, hechos y fechas, dar de manera muy clara su propia visión de las cosas. Nos brinda una amplia información que adquiere, a lo largo del libro, un sentido y una razón de ser. No nos dice cosas sobre el arte contemporáneo, sino que nos explica los por qué y los cómo de ese nudo de problemas. Evidentemente se trata de los por qué y los cómo de Ida Rodríguez, como ella insiste, curándose en salud. . .

Dadá es para la autora el foco central de la problemática del arte de este siglo, el hecho que es capaz de darnos la clave para comprender qué ha sucedido con la abundancia de *ismos*, de revoluciones y de soluciones en la pintura, la escultura, la arquitectura, desde hace unos sesenta años. Lo anterior se encamina de una manera indudable y fatal hacia la crisis de Dadá, y lo posterior no es más que el intento, necesariamente frustrado —por más que pueda haber producido valor— de escapar al fantasma dadaísta; fallidos los esfuerzos, muchos de ellos espléndidos, por salvar el arte, se vuelven a plantear las posturas neo-dadaístas aunque no con la misma violencia y acritud de los amigos del cabaret “Voltaire”. Se ha certificado ya la muerte del arte y no es necesario gritarlo tan fuerte para que cada uno pueda darse cuenta. Dadá no produjo prácticamente valores artísticos, fue sobre todo, una postura

filosófica y moral frente al problema "arte", pero al renegar de él, y cantar su fin no se conformaba con una nada artística, sino que proponía, más o menos atropelladamente, un nuevo orden en el que los impulsos que siempre han llevado a ciertos hombres a exteriorizarse en las formas tradicionalmente consideradas como obras de arte, se encauzaran hacia otras actividades de la vida social. Planteadas así las cosas, resulta que los verdaderos neodadaístas son aquellos que actualmente propugnan por una situación nueva, un "nouveau sacre" en que lo artístico no sea más que una forma de vida. Y de aquí el problema de la función social de la actividad de carácter artístico, tan ligado a los planteamientos dadaístas, y que la autora destaca como uno de los motivos claves en su estudio.

Es importante en el libro el apartado en que se ocupa de la pintura mexicana de la Revolución. En él logra encajar esta importante manifestación contemporánea dentro de un proceso general, y darnos una apreciación más congruente que la mayoría de las que estamos acostumbrados a leer y que consideran este movimiento casi como un fenómeno *per se*.

Evidentemente como en cualquier obra, por seria e inteligente que sea, cabría hacer al libro de Ida Rodríguez algunos reparos. A nuestro juicio es un error de terminología fijar el esplendor y la agonía del arte en lo que llama "la estética y sus elementos", cuando parecería mejor hablar de "expresión individual". Tampoco estamos de acuerdo en una explicación del movimiento impresionista que se fija únicamente en su preocupación objetivista, cuando nos resultaría más interesante insistir sobre sus tácitas premisas subjetivas que hicieron posible los desarrollos posteriores de la pintura en este sentido y consecuentemente el aceleramiento del fatal proceso hacia Dadá. O el sacrificio que hace de fundamentales personalidades del arte contemporáneo para favorecer la explicación del proceso general. Etcétera. Reparos seguramente susceptibles de discutirse, como lo es la misma tesis general que propone Ida Rodríguez (con la que, por cierto, nosotros estamos en lo fundamental de acuerdo). Es obvio decir que tales reparos no invalidan las cualidades de la obra, ni la importancia que tiene una publicación sobre esos temas y con sus cualidades en nuestro ambiente editorial.

Jorge Alberto MANRIQUE
El Colegio de México